toria para vengar en sus páginas el olvido de los contemporáneos y colgar sobre la sepultura de los héroes y de los mártires esa lámpara funeraria que se llama la gloria.

¡Y queda la libertad!

XXX

LAS BATALLAS DE LA LIBERTAD

Cuando el historiador vuelve la mirada á los tiempos heroicos de nuestra Independencia, y considera en la miseria y pequeñez de las guerras intestinas que hoy nos devoran á nosotros los descendientes y usufructuarios de aquellos varones egregios que nos conquistaron la libertad y nos dieron honrada patria á costa de heroicidad admirable, de ejemplar constancia y de sacrificios sin cuento, no puede menos que, extrañado, lamentar la degeneración de los hombres y de las cosas. Antes había un ideal generoso que empujaba á los guerreros y patriotas á la batalla y al martirio; que condensaba los esfuerzos de millones de americanos en el afán del logro de una esperanza única y sublime: la emancipación de un mundo. Hoy, empequeñecido todo, los ingenios y los caracteres, la ilusión y el valor, corremos disparados entre arroyos de sangre y odios fecundos solamente para el mal, á la consecución de míseras granjerías, en las cuales la ambición plebeya se aconseja con la sórdida codicia. En-

tonces, bien puede el historiador exclamar sollozando con el vibrante poeta de los *Gritos del Combate:*

> Nuestros padres, con ánimo sereno,
> buscaban en los campos de pelea
> algo fecundo, provechoso y bueno:
> nosotros, sumergidos en el cieno,
> no tenemos un hombre ni una idea.

Pero en medio de todo, consuela y enorgullece, ciertamente, el que hechos tan grandes y gloriosos, héroes tan dignos de ser cantados por la Musa épica, ilustren nuestra historia, y de la que la Independencia de que andamos ahora tan ufanos, haya nacido, no de ruines intrigas de política, ni de combinaciones viles en que la traición se codea con indecorosas transacciones de la conciencia, en el campo de la deslealtad infame, sino de combates portentosos, en los cuales la adversidad misma era la consejera de la victoria.

Vicisitudes, derrotas, desastres; luchas desproporcionadas de uno contra diez, contra ciento, contra mil; el poder de España y el odio de los mismos pueblos que se quería emancipar; incendios y terremotos; asesinos y verdugos, los hombres y la Naturaleza... ¡y, sin embargo, la América fué libre! ¡Qué indecible temeridad, qué constancia increíble, y, sobre todo, qué fe tan profunda y cuánta elevación de carácter fueron necesarias para llegar al resultado final durante quince años de labor patriótica y sangrienta!

En medio está un río de sangre; sangre de vencedores y vencidos, sangre de mártires, sangre de ejecutores desapiadados: sangre en los patíbulos, sangre en los campos de batalla: el licor rojo corre á borbotones durante largos años en las calles y plazas de las ciudades, á orillas de los mares y de los ríos, en la sabana ilimitada, en los hondos valles y en las cumbres altísimas de la cordillera...

Y atruena sin cesar el estrépito de la porfiada contienda. Se presentan y desaparecen en el grande escenario hombres ilustres y fieras detestables, *insurgentes* y *godos*, los que salvan y los que esclavizan, los que combaten y los que asesinan; caen los héroes, y del polvo de su tumba brotan otros, ayer gentes anónimas, mañana hombres dignos de la historia. Muchas veces, la revolución vencida huye á perderse en el confín de la llanura inexplorada, y vive la república solamente en el corazón de unos pocos que le permanecen fieles en la derrota y el infortunio; pasan algunos meses, y la hoguera devastadora vuelve á encenderse más pujante que nunca, y tornan á la lid los varones de ánimo constante, desde playas extranjeras y desde el apartado albergue... ¿Cuándo se vió empeño más tenaz y duradero por la libertad?

Muy largo sería hacer la enumeración siquiera de tantas batallas, combates y acciones que ilustraron aquella época fecunda en sucesos, ó dar, por lo menos, un cuadro general de ellos. Mas acaso basten unos pocos nombres—que viven en la memoria de los contemporáneos y vivirán en las edades sucesivas—para señalar con ellos, cual por seguro derrotero, la cima donde resplandece la gloria americana en esta parte del Continente.

Las Trincheras, *Bárbula* (1813), donde el triunfo se santifica con el sacrificio de Atanasio Girardot; *Vijirima*, *Araure*, donde el «batallón sin nombre» conquista su bandera (1813).

La Victoria (1814), ganada por el impertérrito José Félix Ribas en defensa de la ciudad natal; el sitio de *San Mateo* (1814), inmortalizado por el sublime Ricaurte; *La Puerta*, dos veces funesta á la causa de la independencia (1814); Carabobo 1.° y 2.°, felices batallas ambas (1814 y 1821), aunque Cedeño y Plaza hubiesen muerto en la segunda; *Arao, Valencia, Aragua*... (1814).

¡Tú, *Margarita* (1815-1817), conservas con orgullo el nombre de los invictos que te defendieron y libertaron contra todo el poder de España; y tú, ¡oh Barcelona!, señalas el lugar donde Freites y Francisco Esteban Ribas sucumbieron en una empresa terrible ligada para siempre en las páginas de la Historia con el nombre del feroz Aldama! (1817).

Allí están los campos de *San Félix*, donde crece el laurel del heroico é infortunado Piar, y el *Apostadero de la Vieja Guayana*, que el viajero contempla como el lugar famoso donde Antonio Díaz con dos barquichuelos derrotó la escuadrilla enemiga, compuesta de 16 embarcaciones armadas en guerra (1817).

Pasemos, pasemos de largo por aquí... Esta es la quebrada de *Semen*... Una derrota más; ¿y qué? Son los contratiempos de la fortuna: por encima están Dios y la Justicia (1818).

¿Veis? Corre lento y majestuoso el río: á él se arrojan un puñado de jinetes: lo pasan á nado; ya están en la orilla opuesta; se forman, se dividen en pelotones... ¿Qué pretenden? Ahora lo sabréis... Son ciento cincuenta: salen mil contra ellos... Fragor de lucha, rugido de centauros... El ejército español (¡ocho mil hombres!) retrocede asustado y vencido ante el empuje de los ciento cincuenta... Ese campo se llama *Queseras del Medio* (1819)... ¡Viandante! Descúbrete con respeto: ¡por ahí pasa la sombra de Páez!...

¡Campos de Nueva Granada, os saludo con entusiasmo!... Ese es *Palacé* (1811) y aquél *Izcuandé* (1812)... ¡Poca cosa! ¡Poca cosa! ¿Aun corre fugitivo por ellos, en espíritu, el gobernador español D. Miguel Tacón?...

Calibio, Tacines, Turbaco, Cartagena, Cachirí, Portobelo... ¡Cuántas acciones y reencuentros!

Molinos de Bonza, Pantano de Vargas (1819)... Señales del tiempo: el gran día se aproxima...

Allí está Boyacá (1819): fin de la dominación española en Nueva Granada. Desaparecido el humo de la batalla que oscurece el campo, aparecerá radiante y bella, con «la daga de Bolívar en el cinto y la lanza de Páez en la mano» (1), ¡la virgen Colombia que acaba de nacer! ¡Gloria á Colombia! ¡Y bien venida sea!

Ayes de víctimas, blasfemias de sicarios enfurecidos, lucha desigual en las calles, en las que el pueblo se bate, desarmado, contra los defensores de la servidumbre... ¿Qué es? ¡Quito! ¡Esa sangre de tus hijos, vertida en bárbaro asesinato, es el primer riego del árbol de la libertad! (1810). ¡El árbol está en semilla aún, pero la tierra es buena, fecundante el abono de lágrimas y de cenizas de mártires, y él brotará con pompa majestuosa, cubrirán sus ramas las tierras todas de la América latina, y á su sombra vendrán las naciones á celebrar el Consejo de la Civilización!... *¡Quito, luz de América!*

Viajero que visitas la tierra ecuatoriana, ¡sabe que

(1) CORDERO: *Aplausos y quejas.*

no sólo hay en ella los ríos como mares, las montañas enormes, los volcanes flamígeros y las seculares selvas! ¡También hay campos de gloria y recuerdo de héroes!...

Yaguachi, dos veces terrible *Huachi*, *Tanizahua*, lugar de maldición... ¡Qué! ¿Tan negra es la estrella del joven Sucre? ¡Animo, mariscal futuro y futuro mártir! Si te agradan las cumbres para contemplar desde ellas, cabe el cráter ignífero de los volcanes, la inmensidad de los cielos y la extensión de la tierra, ahí tienes el Pichincha (1824), á cuyas plantas duerme, cautiva entre cadenas, la ciudad de los Shiris... ¿Qué te detiene? ¡Sube! Nada temas, que contigo van José María Córdoba y Abdón Calderón... ¿Que es preciso vencer al ejército de Aymerich? ¡Bah! Ya lo vencerás...

¡Colombia se ha completado! ¡Loor á los vencedores!

¿Completado? Todavía no... Pasto resiste, la realista Pasto, último refugio del poder colonial, cubil de leones embriagados con el negro licor del fanatismo...

Allá va Bolívar, el *hijo de Colombia y Marte* (1), el Genio de la América independiente... Y suenan en el espacio las descargas cerradas de *Bomboná* (1822); el combate es desesperado, como en los mejores días de la Magna Empresa; corre la sangre á torrentes y la ira y el despecho inflaman los corazones... Pasto capitula... Ya no hay en Colombia un palmo de tierra que pueda llamarse española.

¡Por fin! Tantos lustros de rudo batallar han realizado el sueño de libertad é independencia en la nueva,

(1) OLMEDO: *La victoria de Junín.*

en la querida patria! ¡Ahora á descansar! ¡Cuán bueno es reposar en un mullido y fresco lecho de laureles después de las fatigas de una terrible jornada y adormirse á los himnos de gloria que resuenan á la distancia en labios de gentes agradecidas!...

¡Descansar! ¿Quién dijo descanso? Sólo el egoísmo puede dar por terminada la obra, mientras gimen en la vecindad los hermanos esclavizados!

Libre es Colombia, libre Chile, libres las Repúblicas del Plata... ¿Y el Perú? En el Perú todavía se bate el cobre y vencen los hijos de San Fernando...

¡Pues á guerrear por el Perú!

Será la última campaña; pero cuando ella acabe, la porción meridional del mundo de Colón, antes herencia española, será independiente y autónoma.

Y marcha Bolívar, ¡siempre Bolívar!, llevando en sus estandartes el secreto de la victoria.

Llega y vence.

Es que ese hombre ha clavado ya, en beneficio de sus conciudadanos, la voluble rueda de la fortuna.

Junín (1824), merced á Olmedo, es el pedestal sobre el que se yergue la estatua del Libertador; acaso fueron más grandes Araure y Carabobo, indudablemente más decisiva fué Boyacá; pero no estuvo allí el cantor épico...

Brega Sucre por el camino del Sur, entre penalidades y contratiempos... ¿Qué busca? ¿Adónde va? Es que el cerro de Cundurcunca le atrae con imperio irresistible; él marcha ciego á su gloria, porque al pie del Cundurcunca ostenta su verdor hasta la distancia la llanura feliz de AYACUCHO (1824).

¡AYACUCHO!

Es el último cañonazo.

¿Se extinguió su estampido?—¡América es libre!

Y luego el *Portete*... ¡Callemos, callemos, Musa de la Historia! Que si la ingratitud traidora halló castigo en la pampa de Tarqui, no debe el odio recordar contiendas entre quienes habían vivaqueado juntos en los campamentos libertadores...

La del *Portete* fué la última batalla de Colombia; un año después, Colombia había muerto...

¿Veis cuántas penalidades, cuántos esfuerzos y sacrificios, cuántos actos de abnegación y heroísmo por hacer libre la tierra donde hemos nacido?

Pues amemos esta tierra consagrada por las tumbas de los libertadores y bendigamos la memoria de éstos, pues fueron los fundadores y nuestros padres!

EPILOGO

EN POS DEL IDEAL

A BOLÍVAR EN LA GLORIA

Al cabo de casi, casi un siglo transcurrido desde que te abismaste en el seno de la muerte, aquí estamos todavía, ¡oh Padre!, alrededor de tu sepulcro, congregados en la admiración de tu gloria, que es la nuestra, y en la gratitud á tus beneficios, que son nuestro patrimonio y el de los hijos de nuestros hijos hasta la última generación!

Si los tiempos te fueron adversos, si tu camino fué de espinas y desengaños y fuiste herido en el corazón por el negro desconocimiento de los contemporáneos y la deslealtad y traición de los tuyos, la posteridad te ha hecho justicia, é inscrito la historia tu nombre entre los de aquellos hombres portentosos nacidos para variar la faz del mundo y empujar á la humanidad por el camino del progreso á la consecución de sus altos destinos. Y alábante en coro y bendicen tu memoria cinco naciones brotadas de la punta de tu

espada libertadora y victoriosa. Ayer fuiste el combatiente y el mártir; hoy eres el semidiós y el padre: el Libertador, siempre. ¡Oh hijo de la adversidad y del triunfo: unidos en extraño consorcio, los pueblos que tú redimiste y formaste en naciones independientes, te saludan con el orgullo de pertenecer á tan noble estirpe!

¿Los veis? Desde las orillas del Orinoco hasta las faldas del Potosí se extienden como enjambre inmenso que se afana y lucha en la diurna tarea... Aquella es *Venezuela*, patria de héroes, ufana de ser tu tierra nativa, que, en todas partes, en campos y ciudades, llanuras y montañas, á orillas del mar y de sus grandes ríos, lleva sobre sí los sagrados estigmas de tu Genio: Araure, Carabobo, Vijirima, otra vez Carabobo, San Mateo, Bárbula, Barquisimeto, Calabozo, Sombrero, Ortiz, etc., etc., etc... He ahí la nueva *Colombia*, que guarda con orgullo el recuerdo del tiempo heroico y no ha perdido aún, en medio de las agitaciones de la democracia, la tradición de la gloria ni la constancia viril de los días de Cartagena y Boyacá... Aquí, al Sur, te entona un himno triunfal el *Ecuador*, nacido en Pichincha y Bomboná á la vida de la libertad, y te saluda con los estampidos flamígeros de sus volcanes y el murmullo del Marañón en medio de los silenciosos bosques seculares... ¿Cómo no ha de recordarte el *Perú*, si aun resuenan los cánticos de Olmedo en la llanura de Junín y álzase en Ayacucho el sacro monte testigo del triunfo del Gran Mariscal? Y más allá *Bolivia*, la última hija que lleva tu nombre, y mantiene su independencia como un legado inestimable... Y más allá Chile y Argentina, que te deben el afianzamiento de su independencia...

¡Sonríe con orgullo, Libertador! ¡Estos pueblos no son indignos de llamarse tuyos!...

El desaliento de una lucha desigual con la inquina de los hombres y la calamidad de los tiempos que precipitaron la gran Colombia en el abismo de la muerte; las convulsiones de una sociedad que se descomponía para preparar el advenimiento de una época nueva; la infinita tristeza de los últimos momentos, en los que el alma se repliega á los senos más íntimos de la conciencia, hicieron una vez que dudases de tu obra y juzgases estéril el sacrificio é infecunda la sangre vertida en el empeño generoso que constituyó la misión de tu existencia.

¡Te engañaste, Bolívar!

No por la superficie del océano turbulento fué llevada la esteva, húmeda con el sudor del obrero, sino por campos fecundos donde ha prosperado la simiente calentada por el sol de la gloria y de la civilización! ¡Bendito sea el obrero!

—Ayer sombras y silencio; hoy sangre y lágrimas,— el dolor siempre.— ¿Qué habéis ganado, nos dices?

¿Qué hemos ganado? ¡La libertad! ¿Qué hemos afianzado? ¡La esperanza! Es decir: todo.

Hay lágrimas y sangre, es verdad, y el dolor ha presidido la labor diaria.

Pero eso ¿qué importa?

La senda está cubierta de malezas; la traición acecha en la tiniebla; husmean fieras humanas el paso de las víctimas desde la gruta donde el crimen y la usurpación engendran la tiranía; levanta bandera la ambición seguida de turbas desenfrenadas, pero el carro del progreso sigue su marcha, adelante, siempre adelante, hacia el campo donde resplandecen la verdad y

la justicia, con fulgores indeficientes... ¡Allí está el ideal!

Revoluciones, guerras, tiranos, verdugos... ¿y qué? Si la libertad es una religión, ha menester la consagración del martirio; si la civilización es un combate, sus campos tienen que estar empapados en sangre de vencedores y vencidos, y asordados por gritos de triunfo y lamentables clamores de agonizantes. El dolor es la condición de la vida, y el error el patrimonio de la pobre humanidad.

Avanzamos, cayendo y levantando, en pos del ideal que es el bien; y los esfuerzos de la tiranía, las resistencias del fanatismo y la mezquindad de los partidos políticos, no sirven de otra cosa sino para despertar la energía de los caracteres y hacer más amable, por más costoso, el triunfo de la Justicia, la Razón y el Derecho.

¡La Justicia! ¡El Derecho! Tal es la meta: tú la señalaste, ¡Padre y Libertador!, al romper las cadenas que nos oprimían; tú nos guiaste, al través del desierto en una peregrinación de veinte años, hacia la Tierra prometida! Como el Patriarca antiguo, tu alma se llenó de dolor al contemplarla sólo á la distancia; pero nosotros llegamos á ella...

¡Bendito sea tu nombre!

FIN

INDICE

	Páginas.
ADVERTENCIA	7
I.—El juramento del Monte Sacro	11
II.—Quito, luz de América	17
III.—La agostada del año diez	26
IV.—Los funerales de Girardot	37
V.—El batallón "sin nombre"	49
VI.—El Parque de San Mateo	57
VII.—El año terrible	67
VIII.—El negro Pío	76
IX —Nueva Esparta	84
X.—La locura del Libertador	93
XI.—Policarpa Salabarrieta	104
XII.—La Casa Fuerte	113
XIII.—Queseras del Medio	128
XIV.—El pánico de un virrey	139
XV.—Colombia	154
XVI.—La goleta *Alcance*	163
XVII.—El bautismo de sangre	173
XVIII.—Abdón Calderón	182
XIX.—La carga de Junín	190
XX.—Escenas de Ayacucho	198
XXI.—Delirio sobre el Chimborazo	219

Páginas.

XXII.—Manuelita Sáenz..... 222
XXIII.—El nudo del Portete..... 233
XXIV.—La tentación..... 243
XXV.—La leyenda del general Córdoba..... 250
XXVI.—La selva de Berruecos..... 260
XXVII.—San Pedro Alejandrino..... 267
XXVIII.—La muerte de una nación..... 278
XXIX.—Libertadores, mártires y verdugos..... 285
XXX.—Las batallas de la libertad..... 293
EPÍLOGO.—En pos del ideal..... 301

BIBLIOTECA PÚBLICA · NUEVO LEON · MONTERREY

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—(Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.)

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Saniniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clio.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3,50 pesetas.